

# Reflexiones latinoamericanas sobre la crisis y el conocimiento

Otto Maduro es laico, católico, venezolano. Realizó estudios de Filosofía en Caracas y de Sociología de la Religión en Lovaina (Bélgica). A partir del teólogo Gustavo Gutiérrez se acercó a la Teología de la Liberación y a la reflexión sobre cómo entender y transformar las realidades en las que trabajan los grupos de cristianos, militantes políticos y sociales latinoamericanos. Actualmente es docente e investigador en escuelas de teología en Estados Unidos y en centros ecuménicos como el paulista CESEP o el ISER de Río de Janeiro (Brasil). El presente trabajo, corresponde a la introducción de *Mapas para la fiesta*, escrito encargado por los centros brasileños mencionados y luego publicado en Argentina por el Centro Nueva Tierra (Buenos Aires). Agradecemos la deferencia del autor por haber confiado, oportunamente y previo a su publicación, los manuscritos del libro al Centro Tiempo Latinoamericano.

## Mapas para la fiesta

### Introducción

Casi todas las personas —y probablemente todas las comunidades humanas— hemos tenido experiencias hermosas, inolvidables, de satisfacción, victoria, bondad, cariño, felicidad, paz, esperanza. Un amor correspondido, una huelga exitosa, el logro de un hogar propio, el final de un período de sufrimiento, el nacimiento de una nueva persona en la familia, la aprobación de una ley salarial anhelada y defendida, la salida de prisión de gente querida, la reconciliación con alguien con quien habíamos peleado, la curación de un familiar alcohólico o drogadicto. Todas éstas son vivencias gratas y valiosas que afirman el sentido de la vida humana. Tales experiencias —y su periódico recuerdo en los aniversarios— suscitan la celebración alegre, convocan la con-

memoración placentera y optimista en compañía de vecinos, parientes y amistades. ¿No es cierto? Y al revés: la fiesta, el baile, la misa, la romería, la verbena, frecuentemente provocan y contagian alegría y esperanza, contribuyen a crear amistades, estimulan la apertura de nuevos lazos y refuerzan los antiguos.

### Fiesta, dolor y conocimiento

En un cierto sentido, la vida humana gira alrededor de la fiesta, se mueve en pos de la celebración. Nos esforzamos de sol a sol por lograr aquello que le dé alimento y sentido a la vida y que, por ende, merezca ser festejado gozosamente en compañía de nuestra gente querida: trabajo, amor, comida, hogar, salud, libertad, paz, tiempo para descansar, jugar y disfrutar de la amistad gratuita. Luchamos constantemente por tener razones, tiempo, espacio y otros recursos para poder celebrar la vida sin miedo ni culpa; para poder festejar lo bueno de la vida sin causar dolor en la vida de nadie.

Desafortunadamente, a menudo la vida se hace dura, dolorosa y difícil: no se consigue empleo, se rompe una relación amorosa, escasea la comida, no se gana lo suficiente para pagar una vivienda decente, una grave enfermedad nos pone al borde de la muerte, los más fuertes usan y abusan de los más débiles, la violencia amenaza cotidianamente nuestras vidas y no queda tiempo para descansar, ni jugar, ni gozar de las amistades. El sufrimiento, la urgencia y el miedo invaden nuestra existencia y hacen menos fácil —pero más necesaria que nunca— la fiesta. Esto es parte de lo que está aconteciendo en esta última década del siglo veinte latinoamericano para un número cada vez mayor de gente: la vida, y por lo tanto la fiesta, se hacen cada vez más difíciles ... pero por lo mismo más urgentes.

Los tiempos difíciles, duros y dolorosos —cuando escasean ocasiones para festejar— parecieran ser de las ocasiones en que los humanos sentimos más clara, aguda y fuertemente la necesidad de **conocer** la realidad que nos circunda: tratar de entender qué es lo que pasa para

ver si es posible hacer algo que nos devuelva la tranquilidad ... ¡y nos dé razones para una fiesta!

Ese brasileño tan creativo y tierno que es Rubem Alves dice, en su libro *Historias de quien gusta de enseñar*, lo siguiente: "En verdad, parece que el pensamiento surge con el dolor (...). Cuando todo va bien no pensamos sobre las cosas; las disfrutamos (...). No es necesario conocer aquello que no incomoda".

Pero, ciertamente, la urgencia dolorosa no es la única razón por la que surge en un grupo humano —o en una persona— la iniciativa de tratar de conocer, saber, entender, comprender y explicar la realidad. A veces queremos conocer por pura y simple curiosidad; porque algo nos asombra, nos maravilla, y queremos saber "por qué" o "cómo" es que eso es así. En otras ocasiones, son los sentimientos de amor, atracción, ternura o simpatía por otras personas los que pueden empujarnos a tratar de entender esas otras personas, sus relaciones, ideas, orígenes, preocupaciones, etc. O puede haber cosas cuyo conocimiento nos produzca tanto placer que nos entreguemos a investigarlas con dedicación, aun cuando de ese esfuerzo no esperemos otra recompensa que el entender mejor la realidad que nos cautiva e intriga. De a ratos, el gusto por ejercitar nuestra imaginación creadora —o el mero placer de jugar juegos intelectuales con otras personas— nos lleva a inventar explicaciones interesantes de la realidad ... a conocer, pues, de una manera diferente a aquella a la que estábamos acostumbrados.

### Cómo me acerqué a la reflexión sobre el conocimiento

La idea de escribir estas reflexiones surgió por la multitud de problemas que muchos encontramos al tratar de entender **cómo funcionan** y **cómo transformar** realidades que consideramos como opresivas y destructivas. Demasiado a menudo, tales realidades se comportan de modo diferente —y hasta opuesto— a cómo nuestras teorías e investigaciones habían previsto. Por ejemplo, vamos a una clínica con un paciente enfermo, seguimos las instrucciones de varios especialistas, y resulta

que la persona sufría de una enfermedad distinta a la diagnosticada y el tratamiento empeora su salud.

Otras tantas veces, nuestros esfuerzos transformadores —basados en lo que conocemos de la realidad— se ven obstaculizados, frustrados, recuperados, o, incluso, llegan a tomarse en procesos contra-productivos, provocando el reforzamiento de lo que queríamos contribuir a transformar. Por ejemplo, luchamos por una escuela para una barriada popular con la certeza de que la gente joven que allí estudie pondrá sus nuevos conocimientos, contactos y recursos al servicio de la comunidad entera... y quizá, pocos años luego, veamos que la mayoría de los graduados de la escuela —con una cierta arrogancia— abandonan el barrio, ocultan sus orígenes y se alejan de sus parientes y antiguos vecinos.

De ese tipo de experiencias, con frecuencia, surgen preguntas como estas: ¿No será que la manera como vemos la realidad está de algún modo errada, viciada? ¿Será que nuestras teorías de la realidad son insuficientes? ¿Estarán equivocadas? ¿Hay algún método seguro para conocer la realidad? O, por el contrario, ¿estaremos condenados a equivocarnos y errar constantemente? ¿Por qué tanta gente tiene opiniones tan diferentes acerca de una misma realidad? ¿Cómo puedo saber quién tiene la razón, qué es verdadero y qué no lo es?

Todas estas preguntas plantean muchos **problemas del conocimiento**. A mí me llamaron mucho la atención algunos de esos problemas desde que empecé a estudiar filosofía, allá por los años 60. Por eso, desde entonces le he prestado atención —un poco desordenadamente— a las distintas disciplinas que se ocupan del asunto. En filosofía, a la llamada "teoría del conocimiento" (frecuentemente etiquetada con títulos más esotéricos como los de "epistemología", "gnoseología", "noética") y a la filosofía de las ciencias. En sociología, a las llamadas sociología del conocimiento, sociología de la cultura, sociología de la ciencia, y a la "teoría de las ideologías". En psicología y biología a algunos estudios —como los de Jean Piaget sobre biología y conocimiento, y sobre las formas infantiles de conocer— muy relevantes para el tema. Además, le he venido prestando atención a la historia de las ciencias y a los estudios antropológicos sobre las formas de conocimiento en culturas diferentes a la occidental.

## ¿Y qué vamos a entender, pues, por "conocimiento"?

Hay muchos modos diferentes de clasificar las realidades y experiencias con las que entramos en relación, muchas posibilidades de entender cómo es "en el fondo" y cómo funciona la realidad, muchas maneras distintas de explicar por qué las cosas son como son y andan como andan, y —también— muchas y muy diversas formas de tratar de influir sobre la realidad para intentar hacerla marchar según nuestras necesidades e intereses.

**Entendamos por "conocimiento" —por ahora y para comprendernos— precisamente esos esfuerzos por clasificar, entender y explicar cómo y por qué la realidad es como es y funciona como funciona.** Si es así, podríamos decir que hay muchas vías y maneras a través de las cuales las personas y comunidades humanas intentamos conocer lo real: hay muchas formas y tipos de conocimiento.

Sería, quizá, hermoso, si aceptásemos con sencillez, humildad y respeto esa posibilidad pluralista. Desafortunadamente, en la vida real de las sociedades humanas de hoy en día, ello no es así. Ciertos modos de conocimiento —ciertas reglas y modelos del conocer— son favorecidos con financiamiento, publicidad, reconocimiento oficial, enseñanza académica, etc. Otras maneras de conocer —tradicionales o novedosas— son, en cambio, ignoradas, despreciadas, ridiculizadas, e incluso, bajo ciertas circunstancias, reprimidas, prohibidas y perseguidas.

Las razones de esos privilegios y persecuciones son múltiples (...). Por ahora, quisiera señalar que —para mí— allí está precisamente uno de los más importantes **problemas** del conocimiento: el problema de la discriminación, el maltrato y la eliminación de ciertas formas de conocimiento y, peor, de las **personas** y comunidades que las comparten.

Cuando una cultura, una nación, o una agrupación humana se sienten dueñas de la verdad —sobre todo si tienen poder militar para imponerse— surge allí un gran peligro para el resto de la humanidad: el riesgo de que quienes comparten esa forma de conocer, arrogantes y armados, infieran miedo, dolor y muerte a quienes tienen otras formas de ver y de vivir la vida. La mayor parte de los dogmatismos, sectarismos, autoritarismos y totalitarismos son probablemente eso: modos de conocimiento arrogantes que —si llegan a ser compartidos por

grupos poderosos— acaban siendo impuestos por la fuerza a quienes comparten otras maneras de conocer. Históricamente, tenemos los casos de las Inquisiciones (tanto católica como protestante), del holocausto de los judíos bajo el nazismo, del "gulag" stalinista en la antigua URSS y del "maccartismo" estadounidense. Así, pues, desafortunadamente, el conocimiento también puede aumentar el dolor y la injusticia, en lugar de brindar motivos para la fiesta.

Otra cuestión central —para mí— es quizá la más añeja preocupación humana con relación al conocimiento, la que hizo nacer todas las disciplinas y escuelas que estudian el conocimiento: ¿Por qué la realidad, a menudo, se comporta tan diversamente de como entendemos, prevenimos y queremos? En otras palabras, ¿por qué erramos tan a menudo en nuestro conocimiento de la realidad? Es decir, ¿por qué, con tanta frecuencia, los caminos que parecían llevar a la satisfacción, a la paz, a la alegría, nos conducen por otros rumbos? ¿Por qué, en lugar del acertado "mapa para la fiesta", nuestro conocer nos desencamina tantas veces tan lejos de las ocasiones de celebración comunitaria?

## Algunas aclaraciones importantes

Estas reflexiones parten, entre otras, de estas sencillas convicciones:

■ Nuestro modo real de vivir moldea nuestra manera de ver la realidad, llevándonos usualmente a creer que "las cosas son sin duda como las vemos" y que "otras maneras de verlas son, evidentemente, falsas".

■ Nuestra manera de percibir la realidad nos lleva a ver —y ejecutar— ciertos comportamientos como "normales", y, por el contrario, a rechazar otros como "anormales".

■ A menudo, nos resistimos a criticar y modificar nuestra manera de captar la realidad —así como nuestro comportamiento ante la realidad— y esa resistencia constituye, con frecuencia, un obstáculo más para transformar la realidad circundante;

■ Si queremos transformar nuestra realidad, quizá sea entonces conveniente ejercitar y desarrollar nuestra capacidad de criticar y modificar nuestros modos de percibir la realidad —así como nuestro potencial de escucha y aprendizaje ante otras maneras de ver y de vivir.

Otto A. Maduro

Río de Janeiro/New York-1992